

ROSARIO ANA

NIKA

Y EL MISTERIO DE LAS
SOMBRAS DE LA LUNA LLENA



DESTINO

LOS MISTERIOS
de
NIKA

NIKA Y EL MISTERIO DE
LAS SOMBRAS DE LA LUNA LLENA

ROSARIO ANA

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.es
www.planetadelibros.es
Editado por Editorial Planeta, S.A.

© del texto: Rosario Ana, 2023
© de la ilustración de cubierta: Manuel Díaz, 2023
© de las ilustraciones de interior: Federico Combi, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2023
ISBN: 978-84-08-27193-2
Depósito legal: B. 7.153-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

EL DRAGÓN

El dragón se acercaba a ellos a gran velocidad.

Nika sabía que no tenían escapatoria.

Era demasiado tarde.

No podía creer lo que veía. ¿Un dragón? ¡Si los dragones no existen!

Pero estaba allí, delante de sus ojos, a punto de atacarla, con su mirada encendida y sus escamas puntiagudas.

¡Qué importaba ahora lo que ella pensase! Este dragón era real. Y cada vez se acercaba más y más.

Tres, dos, uno...

UNOS DÍAS ANTES

Otra montaña.

Nika resopló. En las dos horas que llevaban de viaje no había visto más que montaña tras montaña tras montaña. Estaba cansada y aburrida.

Su hermana pequeña, Lucy, cabeceaba a su lado.

—Nada de meterse en líos, ¿eh? Hablo contigo, señorita —le dijo su madre a Nika mirándola por el espejo retrovisor desde el asiento delantero del coche—. El señor Emilio Chinchurreta es un hombre muy ocupado y tengo que terminar su casa lo antes posible.

Emilio Chinchurreta, un famoso director de cine, había contratado a la madre de Nika, que era arquitecta, para hacer su mansión de vacaciones aún más grande.

A su madre le preocupaba la tendencia que tenía Nika a convertirse en el centro de atención en cualquier sitio al que iban.

Siempre acababa descubriendo algún secreto oculto durante cientos de años, o resolviendo algún misterio que nadie antes había podido descifrar.

Este era un proyecto muy importante para ella. Se jugaba su prestigio como arquitecta y, por qué no decirlo, también mucho dinero. Así que tenía que estar concentrada. Nada de juegos.

—¿Has traído alguno de tus libros de detectives?
—preguntó su madre.

—Sí —respondió Nika.

No sabía cómo de aburrido iba a ser el viaje, así que había cogido un montón.

—Pues si en algún momento te entran ganas de resolver un misterio, te pones a leer —continuó su madre con un tono serio poco frecuente en ella. Este trabajo la tenía un poco estresada.

El padre de Nika estaba de viaje, así que no había tenido más remedio que llevar a Nika y Lucy con ella.

Emilio Chinchurreta les había ofrecido quedarse en la casita de invitados que tenía en el jardín mientras trabajaba en el proyecto de la casa.

Realmente, Nika deseaba que no sucediese nada extraordinario. Solo pasar unos días en la montaña, leyendo y relajándose con su madre y su hermana. Pero es que la mayor parte de las veces no lo podía evitar. Le podía la curiosidad.

Si algo llamaba su atención, era incapaz de ignorarlo. Además, ¿qué culpa tenía ella si su cerebro se fijaba en todos los detalles y se acordaba de todas las pistas que se iba encontrando? ¡No se las podía quitar de la cabeza! Tenía una memoria fuera de lo normal, lo cual, en principio, era una suerte, no solo para resolver misterios, sino para sacar muy buenas notas sin estudiar demasiado.

Se subió las gafas y asomó la cabeza entre los asientos delanteros.

Era verano y el sol brillaba en el cielo azul.

Ya se veían algunas casas, y varias personas paseando por las calles.

Algunas familias se dirigían hacia algún sitio cargados con mochilas y toallas.

Entonces lo vio, a lo lejos: un precioso lago rodeado de chalets.

Estaban llegando a Lago Verde.

Lucy se espabiló y echó un vistazo por la ventana.

—¡Guau! ¡Una piscina, y es enorme! —exclamó saltando todo lo que le permitía el cinturón de seguridad.

—Es un lago, Lucy —le explicó su hermana.

No se podía entrar a Lago Verde en coche, así que la madre de Nika lo aparcó en el parking de la entrada. Sacaron sus maletas y las arrastraron hacia el pueblo.

Lago Verde se había convertido en un lugar de vacaciones de alto nivel. Ninguna de las tres había estado allí antes, y si no fuera por la invitación de Emilio, nunca se habrían podido permitir pasar unos días allí.

Observaron asombradas la escena.

Nika y Lucy mostraban ahora una sonrisa de oreja a oreja.

Tres extraños y larguísimos toboganes bajaban por la ladera de una de las montañas hasta el lago.

Ni siquiera se veía dónde empezaban.

Varios niños y niñas se deslizaban por ellos dando gritos hasta llegar al agua.

—¿Qué? Ahora no os parece tan mala idea lo de acompañarme al trabajo, ¿eh? —dijo su madre al ver sus caras de admiración.



Sacó un papel del bolsillo, donde estaba apuntada una dirección, y preguntó a un hombre que pasaba por allí.

—Disculpe, ¿la calle Laurel, por favor?

—Allí mismo. —El hombre señaló al otro lado del lago.

—¡Gracias!

Las tres se pusieron en marcha. Nika y Lucy iban más atrás, porque no podían dejar de mirar a uno y otro lado.

Se morían de ganas de ponerse los bañadores y disfrutar de todo aquello.

Pasaron por detrás de dos hombres mayores que estaban sentados en la orilla del lago con los pies en el agua.

—Cuando yo era joven, subía el Cerro del Dragón hasta arriba sin perder el aliento —decía uno de ellos.

—Ya sería menos, Pepe, ya sería menos —le respondió el otro.

Nika no pudo pasar por alto la conversación y se detuvo.

—¡Hola! —exclamó casi sin pensarlo.

Los dos hombres se giraron rápidamente para

mirar a aquella niña de pelo rubio y peculiares ojos color miel.

—Hola —dijo el tal Pepe—. Vosotras sois nuevas, ¿verdad?

—Sí, acabamos de llegar —respondió Nika—. ¿Qué es eso del Cerro del Dragón?

—El Cerro del Dragón es esa montaña que tienes enfrente, chiquilla —dijo señalando la montaña más alta, la misma por la que bajaban los toboganes.

—Y ¿por qué se llama así?

—No te preocupes, que allí no hay ningún dragón. —Pepe se rio—. Por lo menos, nosotros no lo hemos visto, y llevamos mucho tiempo viniendo aquí.

—Entonces, ¿por qué se llama así?

—Los más viejos, los primeros en venir a Lago Verde, dicen que, hace muchos muchísimos años, veían un dragón bajar de la montaña por las noches —explicó.

—¡¿Más viejos que vosotros?! —exclamó Lucy abriendo mucho los ojos y tapándose la boca con la mano.

Los dos hombres miraron a Lucy con el ceño fruncido.